



LAURA HUERTA MÚZQUIZ (1913-2000)

Nació el 17 de octubre de 1913 en Saltillo, Coahuila, en plenitud de la época de la Revolución Mexicana. Su padre, general maderista, perdió la vida en 1917. Su madre que era maestra, a raíz de la muerte de su esposo tuvo necesidad de emigrar por algún tiempo con el resto de la familia a Estados Unidos.

En la capital de la República, Laura ingresó en 1934 a la recién formada Escuela de Bacteriología, Parasitología y Fermentaciones de la Universidad Gabino Barreda, misma que para 1938 quedó transformada en la Escuela Nacional de Ciencias Biológicas del Instituto Politécnico Nacional y a la cual permaneció ligada prácticamente hasta el día de su fallecimiento ocurrido el 9 de febrero de 2000.

Formó parte de la legendaria primera generación de ese centro de estudios, donde se recibió de Químico Bacteriólogo y Parasitólogo en 1942. Sin embargo, siempre le atrajeron las plantas.

Ya en sus tiempos de estudiante se interesó en la investigación y así, como colaboradora de Leopoldo Ancona, publicó en 1938 su primera contribución sobre fibras textiles de México. A partir de entonces se integró al Laboratorio de Fisiología General y Vegetal, donde trabajó bajo la dirección de Manuel Castañeda Agulló sobre hormonas y enzimas de plantas y animales. En 1941 fue becada para realizar una estancia en el Institute for Plant Hormone Investigation en New London, Connecticut. Como resultado de sus estudios sobre temas de bioquímica, se publicaron seis importantes artículos.

En 1955 la Escuela organizó una expedición oceanográfica a las islas de la Sonda de Campeche, evento encabezado por Federico Bonet y al cual fue invitada Laura Huerta. Este viaje fue de gran impacto para ella y a raíz del mismo tomó la firme decisión de afanarse por entero a una disciplina distinta: el estudio de las algas marinas de nuestros litorales.

Como pionera de la ficología en México tropezó con gran número de dificultades, que comenzaron con la escasez de fuentes bibliográficas apropiadas y la falta de apoyos económicos en general, así como para la obtención de equipo y la realización del trabajo de campo en especial, además del problema de la carencia de comunicaciones para lograr en aquellos tiempos el acceso a muchas porciones costeras del país.

Pero todo lo fue resolviendo con acierto. Ella misma, organizando y financiando sus investigaciones, se dedicó a la obra: empezando por explorar y coleccionar, estudiar los materiales recogidos y formar herbario, elaborar manuscritos y conferencias, hasta encaminar a alumnos y colegas a la realización de estudios ficológicos. Sus temas generales versaron sobre florística y ecología de algas, aunque también incursionó en aspectos de aprovechamiento de las mismas y en investigaciones sobre el fitoplancton. Entre 1958 y 2000 publicó más de 20 artículos sobre las algas del Golfo de México, de la Península de Yucatán, de las costas de Oaxaca, de Colima, de Sinaloa y de Baja California, que en su conjunto constituyen la base del conocimiento actual sobre la ficoflora de nuestro país. Fue autora de la parte correspondiente a la "vegetación marina litoral" en el libro de J. Rzedowski intitulado "Vegetación de México", que ha sido el primer intento de síntesis de conocimientos relativos a la vegetación marina de ambas costas.

Desde que en 1938 actuó como ayudante del curso de botánica, no se desligó de la enseñanza. De 1946 a 1962 ofreció la asignatura de Citología Vegetal, de 1963 a 1977 la de Botánica Criptogámica y de 1978 a 2000 la de Ecología de Algas. Como parte práctica de las últimas dos organizó algunas expediciones, en las que llevaba a los alumnos a conocer los ambientes en que viven las algas marinas. Dirigió ocho trabajos de tesis y ofreció diversos cursos, cursillos, talleres y conferencias en varias instituciones de enseñanza superior.

Iniciando con el I Congreso Mexicano de Botánica en 1960, estuvo asistiendo asiduamente a un gran número de reuniones sobre temas de su interés, casi siempre presentando una o dos ponencias en calidad de autora o coautora.

Recibió con justicia múltiples reconocimientos de diferentes procedencias, entre los que destaca el haber sido asignado el nombre de Laura Huerta Múzquiz al Laboratorio de Ficología que ella misma creó dentro de su alma mater.

Como integrantes de la generación 1949-1952 de la carrera de Biólogo en la ENCB guardamos un vívido recuerdo de la materia de Citología Vegetal que ofrecía la "maestra Laurita" en el segundo año. Era un curso eminentemente práctico, bastante diferente de los demás, pero quizás más que nada de carácter formativo. Al final del año debían entregarse 100 preparaciones fijas de diferentes tejidos de varias plantas, en las cuales

podieran interpretarse y definirse determinados caracteres. Esto implicaba un proceso dinámico y tardado, cuyo resultado parecía ser un reto interesante. Algunos se organizaron turnándose en horarios que permitían sus restantes actividades. Al final del curso los estudiantes, aparte de haber aprobado la materia, habrían aprendido (unos más y otros menos) a elaborar este tipo de preparaciones y a interpretarlas. Los mejor dispuestos y la maestra, que jugó un papel importante en la aventura, sin duda disfrutaron además de una satisfacción nunca concientemente bien discernida, pero inolvidable para quienes se preparaban en una profesión ante la vida.

Laura Huerta era de carácter tranquilo, afable, muy cordial, a la vez que franca y sin dobleces. Bondadosa y comprensiva, era incapaz de criticar a los demás, ni de quejarse de todo y de todos. De personalidad bastante modesta, a veces hasta tímida, actuaba con toda naturalidad. Vivía, trabajaba y recibía distinciones sin ostentación.

Quizá no será tan fácil para algunos reconocer o simplemente entender como pudo haber hecho tanto en la botánica. Pero si se reflexiona un poco, es evidente que había ahí una naturaleza fuerte y decidida. En los momentos importantes de su vida sabía perfectamente lo que quería y llegado el momento lo afrontaba en plena conciencia de su compromiso. Una vez tomada la resolución de dedicarse a una actividad científica tan nueva en México como era hace medio siglo la ficología, le consagró muchos años, por supuesto que fueron muchos años, pero de trabajo en serio.

Agradecemos a Ileana, la hija de la maestra, a Catalina Mendoza González, a Luz Elena Mateo Cid, así como a Adolfo Pérez Miravete y a su esposa el haber proporcionado documentos e información verbal que enriquecieron substancialmente esta semblanza.

Graciela Calderón de Rzedowski
Jerzy Rzedowski Rotter